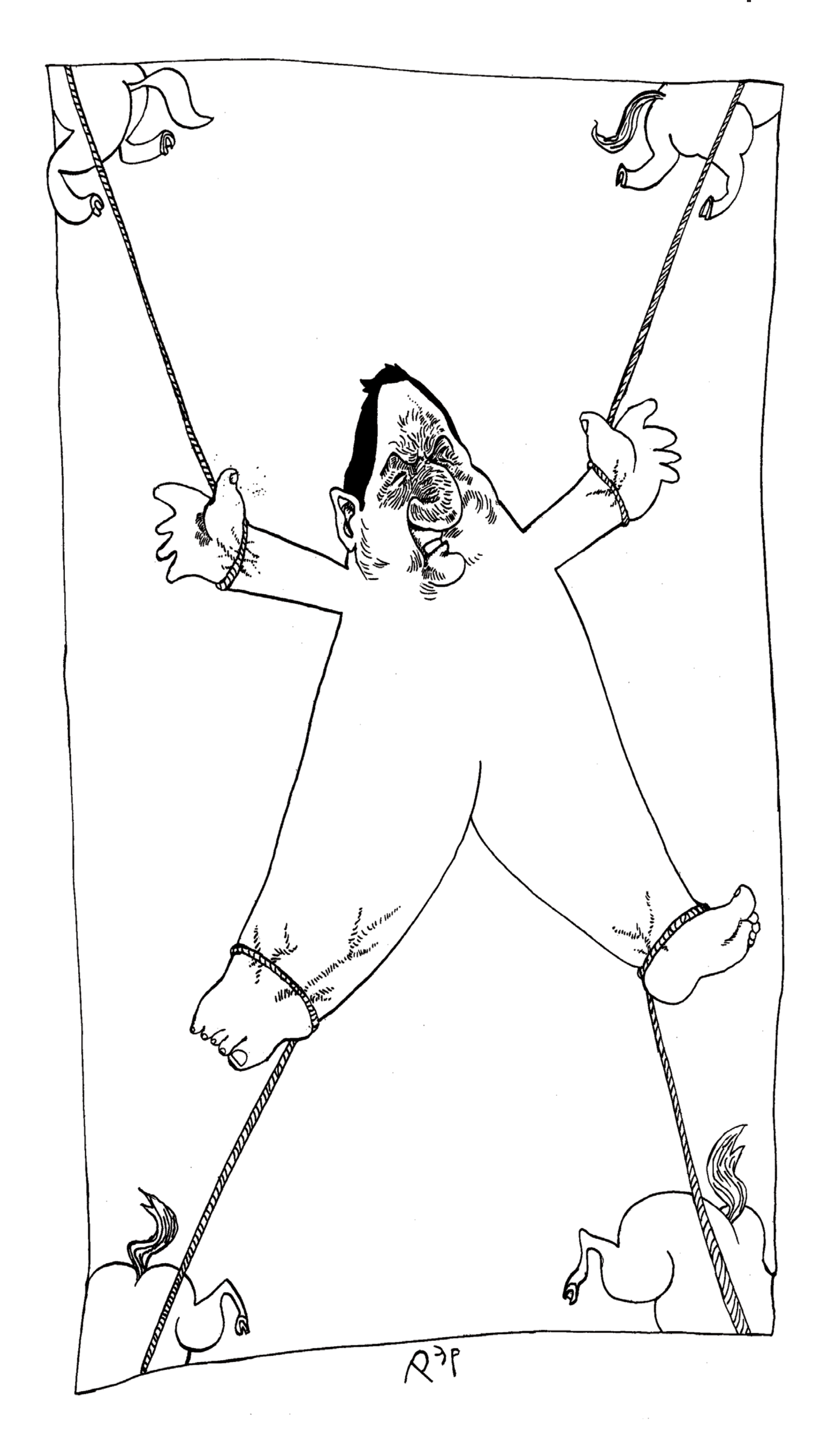
José Pablo Feinmann

Peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

91 **La muerte del “padre eterno” (II)**



Suplemento especial de
Página|12

“POR LA PATRIA Y POR LA LIBERACIÓN DE LOS PUEBLOS DEL TERCER MUNDO”

Mi diploma de licenciado en Filosofía nunca tuvo un lugar cómodo en ninguna casa que habité. Jamás me hago llamar “licenciado” porque me suena horrible, como si fuera mexicano, que todos ellos son licenciados. O de otro país. A mí me importó poco esa exuberancia. Rendí mi tesis el 13 de julio del ’73. Entré a la Facultad en 1962. Se dirá: nueve años para hacer una carrera. Pero no: también hice gran parte de la de Letras, fui amigo de Pezzoni, de Jaime Rest y hasta de Delfín Leocadio Garassa. Fui odiado por personajes temibles y de muy escasa simpatía, como la señora Frida Weber de Kurlat, que me descubrió dialogando algo más que amistosamente con una compañera en la última fila del aula y me echó a los gritos, supongo que en nombre de la moral y las buenas costumbres. (Fue una exageración hipermoralista de la vieja: la piba era sólo una buena amiga; con una buena amiga se puede juguetear un poco, cualquiera lo sabe, menos una vieja seca y paranoica.) Tuve como jefe de trabajos prácticos a Nicolás Bratossevich (no recuerdo si se escribe así), que me pidió un trabajo especial sobre Salas Barbadillo. Nicolás B. luego se dedicó a publicar textos teóricos en los que –como era habitual en los ’80– todos los ejemplos eran de las ya agobiantes grandes plumas de Saer o Piglia. La materia era Literatura Española II y leímos la *Diana* de Montemayor, el *Persiles* y *La Galatea* de Cervantes, más las *Novelas ejemplares* y el *Quijote apócrifo* de Avellaneda. El de Cervantes lo tuvimos que leer por nuestra cuenta. Curioso método de enseñanza. Te pedían el falso y te negaban el verdadero. Leí el *Guzmán de Alfarache* y un montón de españoladas más, todas bastante insoportables. Menos el *Lazarillo de Tormes*, que lo recuerdo con amor y hasta lo consulto con cierta habitualidad. En el examen final la señora Kurlat fue infame conmigo y buscó humillarme por todos los medios posibles. Pero cuando salí a la calle con la materia aprobada (creo que me puso apenas un cuatro) el mundo era hermoso. Me fui a caminar por la Avenida de Mayo y me senté en la London, que era majestuosa, toda de cuero y madera, no la mierda que es ahora. Seguramente llamé a la piba que pellizcaba en clase y sólo me restaban una o dos materias para terminar. No estaba apurado. Ya era parte del vértigo de las Cátedras Nacionales, a las que adhería desde Filosofía, donde ningún nabo se había dado cuenta de nada. Como una elaborada humillación del destino, a la señora de Kurlat, que pasó a ocupar la dirección del Departamento de Letras, la reemplazó... Paco Urondo. Qué país éste. A esa mujer seca y avinagrada, mala y seguramente ultragorila, conservadora tenaz, la reemplazó un poeta guerrillero. Mi última materia fue *Historia de la literatura argentina*. La rendí con Guillermo Ara, un hombre no muy dotado pero para nada mal tipo. Mi examen fue sobre *Los dueños de la tierra* de Viñas y sobre *Adán Buenosayres* de Marechal. Un gozo infinito. Y después me olvidé. Pero en 1973, como dije, tuve que dar la tesis de licenciatura con algún apuro y recién presté juramento y recibí el título el 29 de abril de 1974. Aquí viene lo que más quería contar: la Facultad seguía en poder de la Jotapé. Perón se la había dejado. Para que se entretengan ahí, habrá dicho. Juramos en el Aula Magna. Casi no se veía nada de la cantidad de carteles: *Gloria a los mártires de Trelew; Patria sí, colonia no; La patria dejará de ser colonia o la bandera flameará sobre sus ruinas*. Me senté al lado de un singular personaje. Lo conocí bien cuando cursó *Filosofía de la historia* con Conrado. (*Nota*: La materia “pertenecía” al mítico León Dujovne, “el dueño del tema”, según Massuh. Yo la había rendido con él. Creo que es el padre de la escritora Alicia Dujovne Ortiz. Agarraba un puñado de tizas, las volcaba sobre el escritorio y, con ellas, nos explicaba Hegel. Todas las tizas eran el universal concreto, cada una de ellas era la particularidad; cada tiza, en tanto objeto, le era esencial a la totalidad, porque “el objeto es mediación y la mediación es objeto”.) Era Daniel Dei, a quien algunos recordarán. En su examen final dijo en la mesa: “La Historia es la aventura del diálogo entre el hombre y Dios”. Massuh, que estaba ahí, casi revienta de la emoción y de la felicidad. Esa noche, cenando con Conrado, le dice: “Mirá, Conyado, todos fueron a dar examen para tirar bombas. Todos dieron el mismo examen: Hegel y Marx, Hegel y Marx, Hegel y Marx. Yo estaba harto. Y la revolución, ni uno dejó de hablar de la revolución y de la violencia, pero la *verdadera bomba*, Conyado, la puso ese chico, el único que se diferenció de los otros, el que dijo que la historia no era la bendita historia de la lucha de clases, sino la historia de la aventura del diálogo entre el hombre y Dios”. Era un señalamiento atendible. Da para hablar mucho. Toda una generación y un solo loco, un individualista que se niega a participar de las ideas impuestas, esas en las que todos creen, y larga un tejo a la terraza, produce lo inesperado. Daniel Dei significa además y en latín Daniel De Dios. Aquí, ahora, lo tenía a mi lado. Esperábamos jurar rápido e irnos. De pronto escuchamos la fórmula del juramento: “¿Jura por Dios, por la patria, por los Santos Evangelios y la liberación de los pueblos del Tercer Mundo etc., etc.?”. Todos juraban *Por la patria y por la liberación de los pueblos del Tercer Mundo*. Daniel se encolerizó: ¿qué significaba eso?, ¿desde cuándo ese agregado?, ¿por qué imponerle a uno la ideología de los que manejan la Facultad? “Siempre fue así”, insinué. Rechazó mi sugerencia: “Pero el juramento tradicional te da a elegir: o por Dios o por la patria o por los Santos Evangelios. En cambio, esta gente te obliga a jurar por los pueblos del Tercer Mundo”. “Y por su liberación, Daniel. No jodas, ¿estás en contra de eso?” “Estoy en contra de que me impongan una fórmula ideológica que no comparto. Esa es una consigna de los Montoneros.” “De la juventud peronista, Daniel. Hace años que se pelea por eso. Por la liberación de los pueblos del Tercer Mundo.” “Yo no voy a jurar por eso.” Tuve la suerte de jurar primero. El tipo que me tomó el juramento no valía nada. Tenía una terrible cara de aburrido. Y cuando te preguntaba lo de la liberación de los pueblos del Tercer Mundo advertías que era un burócrata al que le habían ordenado que dijera eso. Cierro el tema: sin cuestionarme mucho nada, y con bastante convicción, juré por la patria y por la liberación de los pueblos del Tercer Mundo. Me fui y Daniel seguía esperando. Seguramente, como diría Massuh, tiraría esa tarde otra bomba. Esta vez en el Aula Magna y en la ceremonia de juramentos. Puiggrós había renunciado. De modo que mi diploma (que lo guardo en mi escritorio detrás de unas cajas, bastante oculto) está firmado por el “Secretario Normalizador” don Vicente Solano Lima y por el “Secretario General” Ernesto Villanueva. ¿Qué tal? Mi diploma de filósofo lo firma el compañero de fórmula de Cámpora, el conservador que, al día siguiente de Ezeiza, visitó a todos los internados en los hospitales sin cesar de declarar a los cronistas de la tele: “La Juventud Peronista no tenía armas, no fue armada. Puedo asegurarlo” y por un distinguido cuadro de la orga Montoneros. Bue, yo habría deseado que me lo firmaran Sartre o Merleau-Ponty, pero no estaba mal. No se le podía negar originalidad a la cuestión. “Juro por la patria y por la liberación de los pueblos del Tercer Mundo”, así eran los tiempos. Seguramente a muchos –hoy– les parecerá una locura, pero en ese entonces tenía sentido. Uno, con ese juramento, juraba en nombre del Che, de Fanon, de Giap, de Cooke y de tantos otros luchadores. A no burlarse. De la forma que sea, pronto vino el nazi Ottalagano y vaya a saber por qué se habrá jurado. Por la Cuarta Berlín. Algo que Ottalagano decía que Buenos Aires era y nadie entendía por qué. Creo que también era la Tercera o la Cuarta Roma. Sucede que a Ottalagano lo había puesto Oscar Ivanissevich, que había llegado a ser rector de la Universidad luego de Puiggrós, luego de Raúl Laguzzi y luego de Vicente Solano Lima. A Puiggrós lo rajaron, a Laguzzi, en septiembre de 1974, le pusieron una bomba en la casa; murió su pequeña hija, apenas tenía un año de edad. Solano Lima duró poco tiempo. Y apareció Alberto Ottalagano. Era un nazi. Se lo recuerda por haber hecho el saludo de ese movimiento durante la campaña de Luder para la presidencia en 1983. Lo quemó tanto como el cajón de Herminio Iglesias. Cuando gana Alfonsín –en la sala de cómputos– aparece el ministro del Interior de la dictadura, Llamil Reston. Un periodista, recordándole el saludo de Ottalagano, le pregunta qué opina de él. Y Llamil Reston responde: “Bueno, es un hombre que ha prestado grandes servicios al país”. No hay caso, son una gran familia. En 1974, cuando lo nombran, nos echan a todos de la Universidad. Empieza a circular un chiste triste, que expresaba el estado de ánimo de ese momento: que Ottalagano se tenía tanta confianza que decía “O ta la gano O ta la empato”.

EXÉGESIS DEL DISCURSO DE PERÓN DEL 21 DE JUNIO DE 1973

A causa de las complejidades que tanto Heidegger como su seguidor Gadamer han introducido en el concepto de *hermenéutica,* recurriremos al de *exégesis*. Probablemente podría haber puesto *interpretación,* sin más. La cosa viene más o menos así desde Aristóteles, pero exégesis apunta a una mayor ambición. Una interpretación totalizadora, que busque el fundamento de lo interpretado, sus relaciones con otros elementos que complementan lo que se investiga y unas conclusiones que ofrezcan una visión diferenciada de otras o complementaria, explicitando las dos posibilidades.

A las 21 o 21.10 aparece Perón en la cadena nacional. Tiene una cara de perro que asusta. Nada de sonrisas. Nada de guiños. Ni una sola ironía. Menos aún alguna broma. Es el Jefe el que va a dirigir la palabra. Y se nota que el Jefe está muy enojado. A su lado está Cámpora. Es una legítima cortesía: era el presidente de la República, aunque nadie parecía ya recordarlo. A su otro lado: Isabel Martínez. ¿Por qué? ¿Tenía algún cargo la señora? ¿Era ya primera dama? No. ¿Era una gentileza matrimonial? No era la ocasión para tenerla. Era otra cosa: Perón ya empieza a introducir la imagen de él y de su “aventajada discípula”. Ya tiene en la cabeza la fórmula Perón-Perón. Detrás de él se completa el cuadro familiar. El fiel sirviente, el hombre que ofrece su vida para cuidarlo, atenderlo, el Brujo López Rega. El que le masajea la próstata cuando –en mitad de la noche– los dolores asedían al general y grita: “¡López!” Y López, fiel como un perro a la espera, como una basura obediente que –sin embargo– ambiciona heredar al monarca, le masajea la próstata: “¿Va mejor, General? ¿Alivia el dolor? Puse unos ungüentos, unos bálsamos especiales. Usted sabe, y lo ha comprobado, que yo sé de esto más que cualquier médico”. Y el yerno de López Rega, el señor Lastiri, que era, en ese momento, presidente de la Cámara de Diputados. ¿Quién mierda es Lastiri, quién lo conoce? Es un porteño de otros tiempos, burrero, putañero y amigo de las corbatas, algo que precipitará el fin del gobierno de Isabel. Es el Perón de Madrid trasladado a Buenos Aires. Es su Ejército personal, su íntima gente de confianza, tal vez los únicos en que confía. No en Cámpora. Lo de Cámpora es una concesión. Raro que se la haya otorgado. Sobre todo si tenemos en cuenta lo que habrá de venir.

Este es el discurso que Perón le había comentado a Jorge Antonio. El discurso con que espantaría a la juventud peronista. El discurso con que mandaría a “los muchachos” de vuelta a casa. Para ellos no era: “De casa al trabajo y del trabajo a casa”. Era, sin más, “del trabajo a casa”. Su trabajo ya lo hicieron, muchachos, ahora se van y no joden más. Lo digo yo. El Jefe del Movimiento. “Quédese tranquilo, Jorge. Agarro un vaso de agua, un micrófono y los mando a su casa.” Ahí, ahora, estaba. Sobre la mesa tenía un vaso de agua y un micrófono. Sólo le restaba hablar. Algo que, para Perón, nunca fue un problema. Pero el entorno en medio del que aparecía era una corte de milagros. El establishment se habrá reído. ¿Qué es ese cambalache?, habrá dicho. ¿Con eso piensa gobernar? El gabinete de Cámpora era un lujo al lado de ese cachivache. ¿Dónde tenía Perón un Taiana, un Righi, un Jorge Vázquez en Cancillería, un comandante en jefe del Ejército como Carcagno, un político relevante como Juan Manuel Abal Medina, gente lúcida, culta, con trayectoria política? ¿Dónde tenía a un Rolando García, a un Rodolfo Puiggrós, al mítico José María Rosa? Lo que tenía alrededor daba pena o daba escalofríos. El fascismo no necesita hombres brillantes ni inteligentes. El nacionalismo de derecha tiene buena prosa. Pero los fachos suelen ser ridículos. ¿Ustedes lo miraron bien a Hitler? Es un petiso con un mechón absurdo, con un bigote chaplinesco, que da unos discursos –que ha ensayado antes frente a un espejo– que merecen más una internación en un psiquiátrico que las ovaciones de las masas. ¿Y Goebbels? Una inteligencia privilegiada, pero demente, rengo reprimido, petiso. De Goering, ni hablar. Gordo, fofo, fanfarrón, héroe de la aviación durante la primera guerra. Pero si ahora se sube a un avión no puede despegar. Y Himmler con esa estampa de guerrero asiático, de bárbaro de Gengis Khan, de mongol. Este era el entorno del Führer. Y Alemania se enamoró de él. Y Heidegger le dijo a Jaspers: “¿No ha visto usted las manos del Führer? Son bellísimas”. De modo que no hay de qué asombrarse. Argentina lo quería y lo necesitaba a Perón. El establishment también lo requería. Y Perón, viejo, enfermo, pero ambicioso, porque no quería morir sin que le devolvieran su grado y su uniforme de general, se vino para la patria a dilapidar sus últimos meses de vida. Su prestigio.

Empezó diciendo:

Perón:

Llego desde el otro extremo del mundo con el corazón abierto a una sensibilidad patriótica que sólo la larga ausencia y la distancia pueden avivar hasta su punto más álgido.

Exégesis:

Ante la densidad del discurso cuesta creer que haya sido escrito luego de llegar a la Argentina. Es más que probable que fuera éste el discurso que pensaba Perón decir en Ezeiza. ¿Cómo se presenta? Como alguien que llega desde el otro extremo del mundo. Este hecho –interpretado como un padecimiento que ha incrementado al amor por la patria ausente, por la patria perdida– le ha dado al enunciador (Perón) una cualidad excepcional: ha abierto su corazón. Lejos de haberlo envenenado, de haber hecho crecer en él deseos de venganza, rencores, ambiciones de que las injurias recibidas sean reparadas, la ausencia le abrió el corazón. En ese corazón asoma una “sensibilidad patriótica”. Esa sensibilidad –que es el generoso olvido de las viejas diferencias– está avivada, encendida hasta su punto más álgido (*supremo, culminante*). En suma, negación del sentimiento de revancha, exaltación de la templanza, del amor a la patria, que es el amor a todos quienes la componen. Desde su primer párrafo Perón dibuja la figura del “león herbívoro”. No vengo a pelear ni a vengarme. Vengo a unir, a tender mi mano. Esto tomará forma definitiva cuando proponga reemplazar el apotegma *Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista* por el de *Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino.* Perón, en resumen, viene para ponerse al frente de la unidad nacional.

Perón:

Por eso al hablarles a los argentinos lo hago con el alma a flor de labios. Y deseo también que me escuchen con el mismo estado de ánimo. Llego casi desencarnado. Nada puede perturbar mi espíritu, porque retorno sin rencores ni pasiones, como no sea la que alimentó toda mi vida: servir lealmente a la patria.

Exégesis:

“El alma a flor de labios.” Sería arduo expresar mejor la sinceridad total, absoluta de sus palabras. Están dichas con el alma. Porque este hombre que viene sin rencores ni pasiones tiene “el alma de flor de labios”. Ha tenido la grandeza espiritual de transformar una larga injusticia en una sabiduría profunda y un amor a la patria y a todos, también a quienes lo hirieron. Por eso llega “casi desencarnado”. ¿Cuándo un hombre está “desencarnado”? La des-encarnación lleva a un estado de gracia. La des-encarnación aleja a un hombre de las pasiones terrenales. No es ajeno a ellas. Menos aún se va a desinteresar de sus tumultos, pero no se va a confundir, ninguna tormenta logrará que su entereza vacile. Porque la dureza del infortunio, la dureza de la soledad del exilio le ha entregado el *pathos del desapego o de la distancia*. Las pasiones hunden a los hombres en los huracanes de la historia. En medio de ellas suelen equivocarse, tomar partido. No, Perón está lejos de las pasiones. Será, en la patria, la garantía de la templanza. Como vemos, toda esta parte del discurso está dirigida a los antiperonistas. A los militares. A los servicios de contrainsurgencia y hasta a los Estados Unidos, muy preocupados en ese momento por el problema del marxismo en Chile. Dispuestos a no tolerar otro Castro en América (que los sorprendió), concentrados Kissinger y Alexander Haig en esa tarea, no desearían ser perturbados por un viejo general pro-insurgente en la Argentina. Este mensaje de templanza los tranquiliza. Perón les dice: “Quédense tranquilos. Aquí no habrá insurgencia marxista. Ordenaré este país y lo mantendré dentro de la órbita occidental y cristiana de la feroz Guerra Fría que se está librando”.

Perón:

La situación del país es de tal gravedad que nadie puede pensar en una reconstrucción en la que no deba participar y colaborar. Este problema, como ya lo he dicho muchas veces, o lo arreglamos entre todos los argentinos o no lo arregla nadie.

Por eso deseo hacer un llamado a todos, al fin y al cabo hermanos, para que comencemos a ponernos de acuerdo.

Exégesis:

Primer distanciamiento con las tesis de sus jóvenes seguidores. Que no las habían creado en medio de ningún delirio báquico, sino porque el mismo Conductor del movimiento peronista las había enunciado. Cito: “Perón lo sabía: febrero era el tiempo de los jóvenes. Porque eran éstos, en efecto, quienes agitaban la historia, creaban las consignas, soliviantaban las conciencias, representaban el rostro caudaloso, multitudinario del peronismo” (J. P. F., *López Rega, la cara oscura de Perón*, ed. cit., p. 100). Perón, el 11 de enero de 1973, larga el reportaje de *Mayoría* que, visto desde el discurso del 21 de junio, es una tomadura de pelo a la Jotapé. Perón lo dice para instrumentar su poderío movilizador y organizativo. Y la Jotapé se lo cree y asume que va a gobernar con el líder. ¡Como para no creerlo! Perón no tenía límites cuando quería dar máquina a sus cuadros duros de vanguardia: “O ellos llaman a elecciones o provocan una guerra civil” (J. P. F., ob. cit., p. 101). Prioriza la “liberación nacional” por sobre la “reconstrucción nacional”. Luego invertirá los términos. Y hasta lanzará un mamarracho antropológico: “Hay que reconstruir al hombre argentino”. Si tanto había que reconstruir, de la liberación mejor olvidarse. Pero el 11 de enero, en *Mayoría*, cuando necesita a la Jotapé para la campaña electoral, el mensaje es otro. La prioridad de la “liberación” dinamizaba la teoría del “primer mes”, que era propiedad de Perón. En el primer mes hay que tomar el poder. La Jotapé se lo creyó y Perón larga la consigna irresponsablemente. Ya vamos a analizar qué era el poder. Como dijo Miguel Hurst en una multitudinaria reunión de Jotapé: “Ojo, el Ejército todavía no se puso en serio contra la guerrilla”. Lo putearon por bajoneante, pesimista y agorero de la derrota. Todo iba sobre ruedas. Las ruedas de la Historia. Perón sigue dando manija: “O la juventud toma esto en sus manos y lo arregla aunque sea a patadas, pero lo arregla, o no se lo va a arreglar nadie” (J. P. F., ob. cit., p. 102). Y sigue: “Los viejos no van a arreglar esto: los viejos no están en la evolución. Es un mundo que cambia, y los muchachos tienen razón. Y si tienen razón hay que dársela y hay que darles el gobierno (...) Si la juventud no salva esto, no lo salva nadie” (J. P. F., ob. cit., p. 102). Del 11 de enero al 21 de junio no hay mucho tiempo. La Jotapé vio destruido su papel de vanguardia. La promesa del Líder que prometía *hay que darles el gobierno* para escucharlo hablar como un santo que descendía de los cielos para unir a todos. Y todavía no había escuchado lo peor del discurso. Perón les reservaba párrafos escalofriantes.

Perón:

Tenemos una revolución que realizar, pero para que ella sea válida ha de ser de reconstrucción pacífica y sin que cueste la vida de un solo argentino.

Es preciso volver a lo que en su hora fue el apotegma de nuestra creación: “de casa al trabajo y del trabajo a casa”. Sólo el trabajo podrá redimirnos de los desatinos pasados.

Exégesis:

Esto era pura basura burguesa para la Jotapé. Ni hablemos para el ERP. Nombro al ERP y a la izquierda porque la Jotapé debía discutir con ellos su adhesión al peronismo. La izquierda, con razón desde sus postulados, que eran los del marxismo, diría: “¿Qué trabajo nos va a redimir? ¿El trabajo en la fábrica capitalista? ¿El trabajo enajenado? ¿El trabajo en que el patrón explota al obrero? ¿El trabajo en que el patrón extrae del obrero la plusvalía que le permite seguir con la explotación? ¿Qué es la reconstrucción pacífica? ¿Otra vez la mermelada nacional burguesa de la *unidad nacional*? Y ese apotegma –‘De casa al trabajo y del trabajo a casa’–, ¿qué mierda es, compañeros? Jamás se ha pronunciado una consigna más reaccionaria que ésa. Si se trata de ir del trabajo a casa y de casa al trabajo, ¿cuándo hacemos la revolución? ¿Cuándo hacemos una huelga, compañeros? ¿Qué son los obreros? ¿Caballos de la calesita del circo burgués, dando la vuelta eternamente y la sortija se la llevan siempre los patrones? ¿Y ustedes esperan algo de este líder? ¿De este conciliador de clases?”. No era fácil responder estos cuestionamientos. La era de las revoluciones había pasado, pero todavía estaba demasiado cerca. Y Perón la había prometido. ¡El primer mes! ¿Qué era el primer mes? Sabemos lo que terminó siendo. Descabezar a Cámpora. Pero el que crea que ése era el poder no veía claro nada. Perón tenía el gobierno y sólo eso. El establishment y los militares estaban a la espera. “Del modo en que esto viene va a terminar cayendo como un fruto maduro en nuestras manos. Por ahora, calma. Seamos testigos del desastre. Un líder viejo y enfermo. Un entorno patológico y payasesco, aunque criminal. Sindicatos pactistas. Una CGE con un comunista al frente. Y una guerrilla desautorizada. La boca se les hacía agua a los que tenían todo listo, a los que ya habían diseñado a fondo el macabro plan de contrainsurgencia que aplicarían. Nadie sabía nada de eso. Pronto lo vamos a explicitar detalladamente.

Perón:

Cada argentino, piense como piense, y sienta como sienta, tiene el inalienable derecho de vivir en seguridad y pacíficamente. El gobierno tiene la insoslayable obligación de asegurarlo. Quien altere este principio de la convivencia, sea de un lado o del otro, será el enemigo común que debemos combatir sin tregua (...). Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Los que creen lo contrario se equivocan. Estamos viviendo las consecuencias de una posguerra civil que, aunque desarrollada embozadamente, no por eso ha dejado de existir, a lo que se suman las perversas intenciones de los factores ocultos que desde las sombras trabajan sin cesar tras designios no por menos inconfesables menos reales (...) Es preciso llegar así y cuanto antes a una sola clase de argentinos, los que luchan por la salvación de la patria, gravemente comprometida en su destino por los enemigos de afuera y de adentro. Los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro movimiento, ponerlo en marcha y neutralizar a los que pretenden deformarlo desde abajo y desde arriba. Nosotros somos justicialistas, levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. No creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa. No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen. No es gritando la vida por Perón como se hace patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias. Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado se equivocan (...) Por eso deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales que por ese camino van mal.

Exégesis:

Eso que Perón llama “el principio de la convivencia” echa por tierra la concepción de la “historia como conflicto” típica de la izquierda. Tampoco fue ajena al peronismo. Al contrario, el primer peronismo siempre llevó a primer plano una epistemología social (por decirle así) del *conflicto*: Pueblo y Antipueblo, Patria y Antipatria, Pueblo y Oligarquía/ Peronistas y Antiperonistas/ Leales y Traidores/ Alpargatas y Libros/ Grasitas y Niños bien, etc. Estas antinomias irreductibles permitían leer la realidad en términos de antagonismos irreductibles. El Perón del ’73, el que llega “desde el exterior”, el “desencarnado”, propone la “unidad”. Hasta podría decirse que, no tanto la “unidad de la patria” o la “unidad nacional”, consignas del nacionalismo, sino la *unidad del pueblo argentino*. Porque en las 20 verdades había antinomias. Una sola clase de hombres: los que trabajan. Se entendió siempre que “los que trabajan” eran “los trabajadores”. No los oligarcas. Un oligarca no trabaja, no es un trabajador. Esta consigna siempre irritó a los sectores medios: “¿Cómo, nosotros no trabajamos?” Interpretación resentida y torpe. Sí, trabajaban, pero la mayoría eran propietarios. Trabajaban para ellos. Salvo la clase media baja. Pero a ésta el peronismo le había hecho sentir que el concepto de “los que trabajan” la incluía. “Los que trabajan” eran los que trabajaban bajo patrón. Estos eran los trabajadores. Esta verdad justicialista (la N° 4) creaba un antagonismo entre el *trabajador* y el *patrón*. El justicialismo estaba de parte del trabajador. Era “un gobierno de los trabajadores”. Aunque eso que una y otra vez era llamado “el Pueblo” parecía ser la mermelada en la que todos se juntan, no era así para el peronismo de los comienzos. El Pueblo era “el Pueblo trabajador”. El “Pueblo trabajador” eran “los trabajadores” y “los trabajadores” eran los obreros. De modo que la antinomia quedaba establecida: trabajadores y no trabajadores. Pueblo y Oligarquía. El justicialismo expresaba al Pueblo. Y, para hacerlo, enfrentaba a la oligarquía. Las veinte verdades fueron leídas por el propio Perón el 17 de octubre de 1950, glorioso “año del Libertador San Martín”. Yo tenía siete años y todos los días, en la escuela, abríamos nuestro cuaderno y poníamos la fecha. Por ejemplo: 15 de mayo de 1950. Y a continuación: “Año del Libertador San Martín”. Eramos, los niños, los únicos privilegiados. Esto, que tan cálido parecía, era cálido sólo con los niños. Pero también establecía una antinomia. *Ya no había privilegiados, sólo los niños*. Los que siempre habían gozado de privilegios en la patria (es decir, la oligarquía, los patrones) ya no los tenían, no se les reconocían. Sólo los niños tenían privilegios. La oligarquía había perdido los suyos. Las veinte verdades van cercando a su enemigo. Si reconoce a “una sola clase de hombres”. Si esos hombres son los trabajadores, los obreros. Si los que tenían privilegios los han perdido porque ahora sólo los niños los tienen, está claro que el sector excluido de las bondades de la doctrina es la oligarquía. El antipueblo. Que es –al ser el pueblo la patria– la antipatria. La verdad N° 6 establece otra antinomia, que es la esencial: peronistas y no peronistas. Los no peronistas no trabajan por la patria, no son la patria e incluso son sus enemigos. Por eso, para un peronista hay ciudadanos mejores que otros. *Los peronistas son mejores que los no peronistas*. De aquí la célebre verdad N° 6: “Para un peronista no debe haber nada mejor que otro peronista”. Este reconocimiento entre peronistas excluye al Otro, al no peronista, y más aún al antiperonista. El “no peronista” es tal vez más despreciable que el antiperonista. Porque la patria está dividida en dos partes. *Y el no peronista no está en ninguna*. No es pro ni anti. Observemos que esta concepción binaria de la sociedad tiene notables semejanzas con las del *Manifiesto comunista*: “Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes (...). Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado” (Karl Marx, Friedrich Engels, *Manifiesto comunista,* Primera Parte: *Burgueses y proletarios*). Perón siempre insistió en la concepción binaria y beligerante. ¿O acaso es casualidad que cite con tanto fervor a Licurgo y Evita lo repita? Licurgo, duramente, sentencia: “Hay un solo delito infamante para el ciudadano: que en la lucha en que se deciden los destinos de Esparta, él no esté en ninguno de los dos bandos o esté en los dos”. Perón dirá que prefiere a los opositores que a los “independientes”. Evita, más melodramática, dirá: “Los tibios me dan asco”. Es valiosa esta dualidad que marcan las veinte verdades. La esencial: trabajadores y oligarquía. ¿Cómo se lee hoy? No trabajadores y oligarquía. Marginados y oligarquía. Y hasta delincuentes y oligarquía. Porque el neoliberalismo integra cada vez menos. Margina cada vez más. Ya, poco a poco, los trabajadores se extinguen. No así las oligarquías. *Que han florecido*. ¿Qué les parece si acudimos al eminente Diccionario de María Moliner? No nos va a decir nada nuevo. Lo nuevo esperamos aportarlo nosotros. (Esperamos.) *Oligarquía*: “Organización política en que el poder es ejercido por un grupo limitado o una clase social dirigente (...). Cualquier organización en que dirigen sólo unos cuantos sin dejar intervenir a los demás interesados en ella”. Del *Diccionario de Salamanca*, tan prestigioso era el que a fin de año regalaba la insigne Carmen Balcells a los escritores que persistían

en estar con ella para darse lustre y conseguir poco. (Todos menos García Márquez.) *Oligarquía*: "Forma de gobierno en la que el poder es ejercido por un grupo reducido de personas: *La oligarquía griega estaba formada por un grupo de personas aristocráticas*". Pero hay un gran error en esto. La oligarquía no es la aristocracia. La oligarquía es un monopolio ultraconcentrado de personas con muchos bienes. No importa la jerarquía espiritual de esas personas. La aristocracia griega tenía una *finesse* espiritual. Léase a Nietzsche en el primer tratado de la *Genealogía de la moral*. Los aristócratas griegos se llaman a sí mismo *Los veraces*. Porque la verdad surge naturalmente de sus palabras. Ellos dan los nombres a las cosas. Tal es su poder. Son lo bueno y lo bello. De modo que esa unificación del *Diccionario de Salamanca* entre aristocracia y oligarquía es errónea. Lo fundamental de la oligarquía es obtener grandes ganancias y juntarse con quienes consagran sus vidas a lo mismo y organizarse con ellos en grupos de poder. No tiene el *Esprit de finesse* de la aristocracia. En el mundo de hoy (contrariamente a lo que piensan sus ideólogos mediáticos) la oligarquía ha vuelto a florecer. La oligarquía (en lo esencial: *gobierno de pocos*) son los oligopolios. La democracia liberal de mercado *concentra* el poder en pocas manos y expulsa del mercado a millones de trabajadores por día. Nacen los *grupos oligopólicos*. Que son internacionales. No sabemos a quién pertenece finalmente un oligopolio o con quién está asociado. Sabemos que el poder está cada vez en menos manos. Esto los torna más poderosos y más ejecutivos, más dinámicos en sus decisiones. Además de contar con apoyo externo. La Iglesia Católica ha advertido que los oligopolios del siglo XXI son la defensa de cualquier avance en contra de la fe de Cristo, que es el gran negocio de la oligarquía vaticana. Así, establece una férrea unión con los oligopolios. Acaso se entienda así la intervención del Papa en la Argentina y no en los países hambrientos de los que su corazón cristiano y sufriente debiera ocuparse. Todo es todo. Se concentra la política, se concentra el poder. *Esta concentración excluye a millones de la sociedad de pocos (la sociedad oligárquica)*. Son los inmigrantes indeseados".

Volvemos a las veinte verdades. La N° 7 es buena, dura: "Cuando un justicialista empieza a sentirse más de lo que es empieza a convertirse en oligarca". Hasta aquí la cosa va más o menos bien. Podíamos, el 22 de junio, *tironear* las veinte verdades hacia el socialismo. Pero empiezan los problemas. Y son los de la comunidad organizada. La verdad N° 11 ya se desliza hacia la unidad amorfa. Hacia ese *todos* en que todo se diluye. "La noche en que todos los gatos son pardos", como decía Hegel. "El justicialismo anhela la unidad nacional y no la lucha. Desea héroes, pero no mártires." ¿Y la lucha de clases? ¿No vamos a luchar contra la oligarquía? Y en la parte económica ya no titubea en anunciar el Estado de Bienestar. Es la verdad N° 16: "Como doctrina económica, el justicialismo realiza la economía social, poniendo el capital al servicio de la economía y ésta al servicio del bienestar social". No se pretendía el bienestar social sino tomar el poder.

Así y todo, el Perón que aterriza en la patria está *más acá* de las veinte verdades. No hay antinomias. Es la mermelada de la *unidad nacional* que abre el paraguas para todos y deja todo igual, bajo la protección del Estado. Habla de "agentes entre las sombras". ¿Quiénes son? Los infiltrados. Hay que llegar *a una sola clase de argentinos*. ¿Cómo, qué, oímos bien? ¿Ahora resulta que hay una sola clase de argentinos? ¿No están los que luchan por la liberación nacional y social de la patria y los reaccionarios grupos tradicionales de poder que, unidos a los monopolios extranjeros, entregan la patria al mejor postor y explotan a los trabajadores? General, ¿dónde ponemos todo eso? ¿Desapareció? Y algo peor: *¿Peleó el peronismo durante 18 años por un proyecto burgués conciliador de clases?* ¿Para eso fue la Resistencia, el Lisandro de la Torre, para eso murió Felipe Vallese, se hizo el Cordobazo, murieron los masacrados de Trelew, fue secuestrado y muerto Aramburu, se nacionalizó el estudiantado? "¿Los peronistas tenemos que volver a la conducción de nuestro movimiento?" ¿No era que íbamos a gobernar nosotros? Todo se fue a la mierda con el descabezamiento del Galimba. Por esa boludez de las milicias armadas. Entonces, ¿en serio nos sacó la escalera? "No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina. Somos lo que las veinte verdades dicen." ¿Y el socialismo nacional, la actualización doctrinaria, el trasvasamiento generacional? ¿Y todo lo que les dijo a Solanas y Getino? ¿Y no era Guevara el mejor de los nuestros? "Nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias lo saben." Gracias por tirarnos un salvavidas, general. Pero, honestamente, no sabemos una mierda de todo lo que acaba de decir. Y ahora habla de "infiltrados". ¿Quiénes son los infiltrados, general? ¿No seremos nosotros? *Infiltrados*, qué palabra de mierda, general.

Perón:

En el final de este camino está la Argentina Potencia, en plena prosperidad, con habitantes que puedan gozar del más alto standard de vida. Finalmente deseo exhortar a todos mis compañeros peronistas para que obrando con la mayor grandeza echen a la espalda los malos recuerdos y se dediquen a pensar en la futura grandeza de la patria (...); a los que fueron nuestros adversarios que acepten la soberanía del pueblo, que es la verdadera soberanía (...); a los enemigos embozados y encubiertos o disimulados, les aconsejo que cesen en sus intentos porque cuando los pueblos agotan su paciencia suelen hacer tronar el escarmiento (...) La oportunidad suele pasar muy queda, guay de los que carecen de sensibilidad e imaginación para no percibirla. (El final son convencionales apelaciones a Dios, que nos va a ayudar si somos capaces de ayudarlo. Y un grande y cariñoso abrazo para todos sus compañeros y un saludo afectuoso y lleno de respeto para el resto de los argentinos.)

Exégesis:

Era un típico discurso de Perón. Lo había escrito. No la noche de lo de Ezeiza. Lo traía desde Madrid. Los hechos lo obligaron a modificarlo. Sobre todo a tornar más explícitas las condenas a la juventud peronista, que –a partir de ese día– pasó a "estar cuestionada" y Perón se negó a recibirla. ¿Por qué Perón aceptó tan inmediata y firmemente la versión de los hechos que le ofrecieron los mercenarios del palco con Osinde a la cabeza? Porque Perón había negociado su regreso. Si no, no volvía. "Usted vuelve pero nos frena a la guerrilla. El ala marxista de su movimiento. Nosotros enfrentamos una Guerra Revolucionaria, general. Sus muchachos no son luchadores anticolonialistas. Sirven al marxismo en la Guerra Fría. Si usted vuelve es para frenarlos. Usted no es marxista. Sólo usted puede manejarlos sin un alto costo de sangre. Nosotros tendríamos que matarlos a todos y preferimos no ensuciarnos en esa tarea. Usted es el líder al que obedecen. Esperemos que eso siga ocurriendo. Si ocurre, el país se organizará sin sangre." ¿Quiénes le decían eso? No lo sabremos jamás. Pero es previsible: Lanusse, López Aufranc, Sánchez de Bustamante, el almirante Mayorga. Con mayor o menor entusiasmo todos acordaron en este paso que los libraba de una matanza.

El discurso que Perón da el 21 es el que pensaba dar desde el palco de Ezeiza. Conjeturo que todos se habrían vuelto, no tan preocupados y desgarrados como lo hicieron a raíz de la matanza, pero con la oscura sensación de que el Viejo les había sacado la escalera. El Viejo venía para la paz y la unidad nacional. Los que habían ejercido la lucha violenta en la etapa de hostigamiento al régimen nada tenían que hacer en ésta. Si además se agarraban a tiros con esa derecha sanguinaria e impresentable de la que Perón no abjuró hasta el fin de sus días, entonces sólo restaba condenarlos, hacerles tronar el escarmiento.

El discurso para la Jotapé es terrible. Sólo una negación infantilista e irresponsable podría empeñarse en no interpretarlo adecuadamente. Apenas una frase el Viejo ladino le había entregado a la Juventud: "Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias". La Tendencia se aferró a ella como a un salvavidas. Pero reflejaba sólo el intento de separar a la conducción de Montoneros de las bases juveniles, de "los muchachos". Algo que intentará algunas veces más. No tantas como debió hacerlo. Porque Perón (y costará explicar esto) fue agresivo, impolítico y hasta siniestramente torpe con la juventud peronista. Si la quiso captar en serio, fue difícil notarlo. Por el contrario, les tiró la derecha encima. Apartó la mirada cuando Lopecito armaba las bandas. Y los sindicalistas. Y el C. de O. Y la CNU, que era siniestra. Y dejó crear nuevas Jotapé. "Sellos de goma", como les decía la Tendencia. Nunca citó a los mejores (dejando aparte a Firmenich y Perdía) para decirles: "Muchachos, yo manejo un movimiento nacional. La etapa de lucha y hostigamiento al régimen terminó. Ahora tenemos que gobernar. No puedo hacerlo con ustedes. Pero quédense en el movimiento. Son guerreros. Si nos atacan de nuevo volverán a tener la vanguardia. Pero comprendan: los usé durante la marcha al poder y durante las campañas electorales. Ahora me vigilan. La CIA está más que nunca atenta a América latina. En poco tiempo lo tiran a Allende. Velazco Alvarado se hunde en Perú. Aquí, el Ejército se replegó, pero no lo derrotamos. La cautela se impone. Compréndanme y acompáñenme. Es otra clase de lucha. No me gusta la conducción que tienen. Hagan algo. Los vamos a respaldar". ¿Tan imposible era? ¿O los odiaba y quería destruirlos para congraciarse con el régimen?

Al no poder y no querer integrarlos, del "Padre Eterno" ni cenizas quedaron. El "Padre Eterno" murió en ese discurso y murió para siempre. *Nunca volvió a aparecer*. Perón convocó una vez más a la Jotapé y la usó para las elecciones que lo llevarían a la Presidencia en octubre. Cierto es que Montoneros oblitera (a dos días del triunfo de Perón) todo posible diálogo asesinando a Rucci. Eso le impide a Perón cualquier tipo de integración si alguna habría de intentar luego del 12 de octubre. Lo de Rucci es una de las más grandes torpezas políticas de nuestra historia. Es un suicidio. A Perón ya no le quedaba nada por hacer con los Montoneros luego de la veintena de balazos que acabaron con Rucci. Las responsabilidades están divididas. Las catástrofes se construyen así: todos hacen exactamente lo que hay que hacer para que todo salga mal. Pero hay algo que tiene que quedar definitivamente claro: *La responsabilidad más grande de la tragedia argentina es del Estado ilegal y gorila que gobierna entre 1955 y 1973*. Ante ese empeño en negar la institucionalización del país con el peronismo y con Perón incluidos, fueron tantas las luchas que hubo que emprender, tantos los muertos, tantas las huelgas y hasta las grandes movilizaciones como el Cordobazo, que el resultado de *todo eso*, lo que todo eso merecía para la memoria de los que dieron la vida y de los que la arriesgaron no podía ser un mero y prudente gobierno nacional burgués. Para todos los que dieron o se jugaron la vida con el Che en el corazón. Todos los jóvenes que ganaron las calles y llenaron los estadios y visitaron a las familias y levantaron las unidades básicas barriales, ¿qué otra cosa sino el anhelado socialismo podían exigir? (*Nota*: Esto ya fue dicho, pero en otro contexto. Además recuerden a Heidegger: "Lo que se repite se piensa dos veces".) Si Perón hubiera vuelto antes no se habría dado tiempo a que se formara la guerrilla, a que murieran tantos, a que la juventud se tornara militante y belicosa y exigente. El Estado Gorila cosechó las tempestades de los vientos que sembró. Los jóvenes ya se habían cebado con los fierros. No podían parar. No se iban a meter en oficinas del Estado burgués populista. Se había soñado demasiado tiempo con la revolución. Traían una velocidad que no se podía frenar con un discurso. Perón tuvo que dar su aprobación para que los matarifes de la derecha formaran sus bandas y se acabó.

Haremos un análisis de la condición del liderazgo de masas y de la psicología del líder y luego entraremos en un tema que nadie tuvo en cuenta entonces y que poco se ha tratado (o nada) en los análisis sobre el peronismo. ¿Cuál era el poder del enemigo? ¿A quién pretendía enfrentar la guerrilla? ¿Cómo se había preparado el Ejército argentino para la contrainsurgencia? ¿Nadie se preguntó contra quién se había decidido pelear? ¿Es casualidad que el Ejército haya aniquilado a la guerrilla con tanta facilidad? Le llevó más tiempo masacrarla en los campos de concentración que agarrar a sus milicianos en operativos de probada eficacia en Indochina y sobre todo en Argelia. Era cierto. No era un delirio de algunos pirados. En el puente 12 –el 20 de junio– se hablaba en francés. Veremos por qué.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información"